

yo, distraída la vista,  
ví el bastidor; y me dieron  
ganas de llorar de ira

contra mi mismo, al mirar  
el pañuelo de batista  
del bastidor, que la pobre  
bordó cuando yo leía.

Mientras yo, como un chiquillo,  
por orgullo no cedía,  
mi nombre habían bordado  
aquellas manos queridas!

IV

De nuevo nos enfadamos,  
no me acuerdo por qué causa;  
ella se sentó al balcón,  
yo en silencio paseaba.

Me daba pena la pobre  
y quise desenojarla,  
y me puse junto á ella  
á mirar lo que miraba.

—¿Miras el jardín? Parece  
que las ramas son de plata  
á la luna.—Y sin mirarme,  
distráida:—Ah, si... las ramas.

—¿No oyes la fuente? De noche  
se oye más, parece que habla  
el agua... Y ella, muy seria,  
sin mirarme:—Claro, el agua.

Quise ceder; me senté  
junto á ella y contemplándola  
para que eso la agradase  
la pregunté:—¿Qué te pasa?

Siguió seria y se calló,  
pasó un rato, esperé y... nada;  
entonces me levanté  
y me senté en otra estancia.

Y allí acordándome de ella  
y sufriendo por dejarla,  
pensé que no me quería  
cuando no me perdonaba.

Al cabo de un rato vino  
con silenciosas pisadas,  
y se acercó cariñosa  
y me dijo:—¿Qué te pasa?

J. ORTÍZ DE PINEDO

## El Vesubio y San Francisco de California

(Conclusión.)

Todo, completamente todo había  
desaparecido; puesto que lo poco que  
quedaba en pié después de la conti-  
nua estrepitación, sólo serviría para  
el recuerdo de aquellos días en que  
conmemorando suceso de tal impor-  
tancia, demostraría á los supervi-  
vientes de aquel a catástrofe el casti-  
go que les había impuesto la masa  
terrestre.

La ruina externa en todas sus fa-  
ses, sólo una quinta parte de la gran  
ciudad habíase quedado victoriosa  
desafiando los rigores de tal trascen-  
dencia, y acumulando para sí los da-  
tos más completos de la tremenda  
jornada sísmica, cuya violencia ex-  
traordinaria arremató por completo  
con la vida efecto-manual de San  
Francisco de California.

De excelente posición geográfica,  
disputábase ésta todo el tragín del  
gran comercio del Pacífico, habién-  
dose hecho señora en estos últimos  
años de la extensa costa marítima  
de toda la América sajona y del gran  
comercio del Asia meridional.

Dicha ciudad, situada en la región  
occidental de los Estados Unidos, y  
emplazada en el extremo septentrio-

nal de la península costera, que toma  
su curso de S. á N. ó la bahía del  
mismo nombre y que limita con el  
estrecho del Galdea Gate (Puerto de  
Oro) que le separa de otra península  
que se proyecta de N. á S., era sin  
disputa alguna el emporio del comer-  
cio, el centro de las grandes creacio-  
nes de la ciencia norteamericana.

La industria había recibido el im-  
pulso de todas sus fuerzas protecto-  
ras. Después estaba á seguir su  
obra hasta el confin de las grandes  
notabilidades de la ciencia humana,  
y por lo tanto á reseñar en sus ar-  
chivos los misterios de la naturaleza,  
las transformaciones que descritas  
en tantas y tan importantes biblio-  
tecas, siempre acallaron la condición  
de viejos profetas.

Las grandes fábricas, los inmensos  
edificios, las soberbias construccio-  
nes de la ingeniería moderna, todos  
aquellos grandes hoteles, magestuo-  
sos palacios de la industria, han sido,  
sin contemplación de gerarquías,  
convertidos en un montón de escom-  
bros, sepultando al mismo tiempo  
entre sus ruinas un sinnúmero de  
personas, cuyos cálculos, los más  
aproximados, arrojan un total de más  
de 200,000 víctimas, todas ellas cau-  
sadas por el gran fenómeno sísmico,  
que estremeciendo la corteza terre-  
stre acrisoló en sus entrañas aquella  
opresión atmosférica, que más tarde  
había de ser la desaparición total de  
San Francisco de California.

Fué ésta fundada en 1775 por los  
pabres franciscanos españoles, sien-  
do por lo tanto América y Asia; cons-  
tituyendo por tal motivo una metró-  
poli de primer orden en importancia  
industrial y en el desarrollo mercan-  
til de sus instituciones sociales.

Este ha sido el fin trágico de una  
gran ciudad cosmopolita, siendo sus  
causas principales el gran terremoto  
acaecido el 18 del mes pasado.

He aquí sus terribles efectos.  
Ninguno de los cataclismos que  
acontecen en el globo tienen punto  
de comparación con los grandes es-  
tragos que puede producir una de  
esas terribles oscilaciones interiores.

No siempre los temblores de tierra  
van precedidos de señales que los  
anuncien, pues muchas veces (como  
ahora ha sucedido) ocurren cuando  
todo aparenta tranquilidad en el ex-  
terior. Jamás puede fijarse su dura-  
ción, porque tiene con frecuencia  
varias sacudidas; pero la destructo-  
ra y fatal oscilación sólo es obra de  
algunos segundos, siempre la más  
temible la primera que se experi-  
menta.

Los terremotos son de consecuen-  
cias incalculables; unas veces hunden  
islas y pueblos, otras levantan  
montañas y mudan por completo la  
faz de la tierra; saliendo muchas ve-  
ces de las grietas que en el terreno  
se abren, erupciones de vapores de  
agua hirviendo, gases y hasta esco-  
rias y materias candentes.

También los buques en alta mar  
experimentan los mismos temblores  
de la tierra...

Estos son los últimos hechos que  
llenarán infinidad de páginas en la  
historia de los grandes acontecimen-  
tos, dejando para tiempos inmorta-  
les las dos grandes fechas que resen-  
tadas por sus funestas consecuencias  
se presentarán siempre ante los ana-  
les de la humanidad como sentencio-  
dores de una ley sísmica.

El 11 y el 18 de Abril de 1906 ser-  
virán para el recuerdo de muchos  
que en vida llorarán las consecuen-  
cias del infortunio; el desarrollo de

ciertos fenómenos que atraídos por  
la reunión de grandes cuerpos de  
gravitación subterránea, dejan en el  
hogar más humilde la desolación y  
la miseria.

Descansen en paz los que fueron  
víctimas del trabajo y de la ciencia,  
las que para los sucesivos llenarán  
páginas tristes de la Historia patria.

MANUEL ALBÍ

Valdepeñas, 1906.

## En la muerte de Manuel del Palacio

¡De luto está la lira castellana,  
murió el vate sin par, el gran coloso;  
el que en soneto grave y armonioso  
al profundo saber, la gracia hermana.

De aquella inspiración bella y galana,  
manantial de su numen poderoso,  
¿qué ha dejado el arcano pavoroso?  
¿qué resiste su fuerza soberana?

El mundo que le aplaude y galardona;  
su gloria que penetra en el Parnaso  
ostentando del genio la corona;

las musas que se postran á su paso,  
mientras su nombre vá de zona en zona  
unido al de Quevedo y Garcilaso.

ENRIQUE VÁZQUEZ DE ALDANA.

Madrid—Junio 1906.

## El envejecimiento natural del vino

Terminada la fermentación del  
mosto, se traspara el vino á los reci-  
pientes de conservación, donde ter-  
mina la fermentación lenta. En la  
bodega, esos recipientes, toneles, por  
ejemplo, se colocan horizontalmente,  
cubriendo su orificio con un lienzo  
ó trapo limpio que impida la entrada  
del polvo y demás impurezas del ai-  
re. Los frecuentes rellenos son re-  
comendables, á fin de evitar la ace-  
tificación ó la formación de las flores.

En estas condiciones, el vino entra  
pronto en un periodo de reposo, du-  
rante el cual tiene lugar la clarifica-  
ción espontánea del mismo. El tani-  
no y los principios albuminoideos se  
combinan entre sí y se precipitan,  
arrastrando consigo las materias mi-  
nerales que se encuentren todavía  
en suspensión.

Los primeros fríos favorecen la  
precipitación del tártaro y activan la  
clarificación natural del vino. En el  
mes de Diciembre, el primer trasiego  
elimina del líquido las grandes he-  
ces. En Marzo, el segundo trasiego  
separa todavía una gran proporción  
de fermentos inútiles ó perjudiciales.  
Aconsejase practicar un tercer tra-  
siego á fines de Junio. En estas con-  
diciones, el vino puede soportar los  
calores del verano, sin peligro de las  
fermentaciones secundarias.

En Septiembre, debe practicarse  
un nuevo trasiego. En esta época,  
deben rellenarse todos los recipientes,  
haciéndoles girar después, hasta  
que se coloque lateralmente su ori-  
ficio.

Estos trasiegos sucesivos elimi-  
nan, en cada estación, los diversos  
elementos que se depositan en los  
periodos intermedios, ayudando, en  
cierto modo, á disminuir las materias  
de origen orgánico ó mineral. Cuando  
se practican en contacto del aire, ejer-  
cen en muchos casos, una acción be-  
neficia sobre el vino.

El principal objeto de los rellenos  
es privar del oxígeno del aire á los  
fermentos patógenos anaeróbios,  
siendo el resultado principal de los

trasiegos, entorpecer la evolución de  
los mismos.

En el segundo y tercer año, los bo-  
degeros franceses no practican más  
que dos trasiegos: el primero á fin de  
invierno, en Marzo, y el segundo en  
Septiembre, antes de empezar la ven-  
dimia.

Cuando el vino necesite, como  
complemento de su elaboración, la  
clarificación, debe realizarse ésta con  
gran prudencia, á fin de no privar al  
vino de los principios necesarios para  
su conservación y evitar la sobre-  
Clarificación que puede introducir en  
el líquido materias fermentescibles.

Los fenómenos de oxidación son  
mucho más activos en los recipientes  
pequeños que en los grandes, por  
ser comparativamente con el volu-  
men, mayor la superficie de los pri-  
meros; por tanto, no es indiferente  
la capacidad de los recipientes de  
conservación.

En las regiones templadas se pre-  
fieren los recipientes pequeños, y por  
el contrario, en las meridionales, se  
eligen como depósitos de conserva-  
ción los vasos vinarios de gran capa-  
cidad, fundándose en que la elevada  
temperatura de estas regiones pro-  
voca un rápido, intenso y prematuro  
envejecimiento del vino.

## A JESUS EN EL SACRAMENTO

Dedicada al inspirado vate Manchego

Don Manuel Recuero

¡Foco de luz peregrina!  
Al brillo de los fulgores  
Que de ese nido de amores  
Irradia tu faz divina,  
Mi ceguera te imagina  
Preso por amor vehemente  
Hacia el hombre, y te presiente  
Con fé tal, que no te veo,  
Pero te creo, te creo  
En esa Hostia presente.

¿Que importa que la razón  
Altanera y orgullosa,  
Tu presencia milagrosa  
Niegue, si mi corazón,  
Con torrentes de ese don  
Que al alma ha trasfigurado,  
Reconoce enamorado,  
Que aunque misterio profundo  
Eres tu la luz del mundo  
Desde ese viril sagrado?

Dicen que tanto miró  
Un sabio el disco de fuego  
Del sol, que quedose ciego  
Cuando estudiando pensó,  
¡Mi Jesús! no quiero, no,  
Estudiar ese tesoro,  
Que aunque ciego no te ignora,  
Pues me afirma tu presencia  
Divina y segura ciencia  
Y no te estudio ¡te adoro!

Porque por la fé instruído  
En esa Hostia bendita  
Tu magnitud infinita  
Humilde adoro y rendido.  
Hostia convertida en nido  
De tus amores y anhelos,  
Que en eucarísticos velos  
Oculta el eterno Ser,  
Que no puede contener  
La inmensidad de los cielos,

Es su nítida blanca  
Que la nieve mancharía,